

RAFAEL ZEQUEIRA
El winchester de Durero

bokeh *

© Rafael Zequeira, 2017

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2017

© Bokeh, 2017

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpress.com

ISBN 978-94-91515-76-7

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LA TRÁGICA MUERTE DEL DOBLENUEVE

Lo mató como a un perro, como se mata a un cochino. El murciélago convulsiona y desafina a causa de la ira. Es una sombra, Anita. ¡He aquí el arma homicida!

El Gran Circo Carlos da inicio a su función de hoy, señoras y señores, y Anita trata de sufrir en inglés, *shape without form, shade without colour*, no recordaba nada más Anita, vestida con tanta moderación que parecía otra mujer, que se parecía a Dora, y perdida, igual que Dora, en algún paraje brumoso del cosmos que habría que recapitular. Le dijo a Dora que nada de señoras y señores, que compañeras y compañeros, que el espectáculo era para el consumo nacional, y Dora que hablara más bajito y que no se buscara más problemas, por el amor de Dios, que demasiados problemas había ya y la mujer de la derecha, el muchacho de la izquierda, el calvo del frente y el viejo de atrás tenían cara de estar ahí para escuchar lo que ellas hablaban y chivatear después. ¿No había hablado el murciélago del rigor de la vigilancia? No quería más dificultades por causa de la maldita lengua que tenía. Me he vuelto, después de esto que ha pasado, cautelosa y arisca. Aunque es verdad, Anita, que no se trata de un show para esos extranjeros tuyos que deben de hacer sus pagos en contantes y sonantes US dollars para que no sepamos, después, si lavarnos las manos con sosa cáustica o ungírnoslas con esencias preciosas.

Redobles de tambor para emocionar. Vals Fascinación para fascinar. Reflectores de luces multicolores. Domadores que doman fieras. La distinguida y épica mujer de *papier maché* se enrosca culebras en el cuerpo. Tañen sus guitarras los dos trovadores conspicuos y albarderos. Payasos pujones y lameculos. Magia, locura, castigo y humillación. ¡Adelante el Maestro de Ceremonias!

Amor mío, apetito de papá, ñoñita mía, piccina mogliettina olezzo di verbena, yo te quiero mucho y me gustas más, pero con ese sonido encima de mi cabeza no me salen bien las cosas; pero no te preocupes por eso, que yo me conozco bien y sé que es por culpa del sonido. Dentro de poco, cuando el sonido de los aviones no se trague a Totti dal Monte y a Beniamino Gigli, entonces, un bel di vedremo. Y eso para no hablar de los otros sonidos, de la Voz Que Se Lo Traga Todo. No es fácil, corazón, vivir tantos años junto a una voz que se lo traga todo, y que ahora, para colmo, usa fondo musical, un tema orquestal que se traga a la soprano cuando pregunta ¿Che dirà? Chiamerà Butterfly dalla lontana. Pero dentro de cinco minutos vas a chillar; dentro de cinco minutos mis amigos del dominó van a apagar la televisión, los aviones van a aterrizar y entonces te van a crujir las cuadernas como si fueras una de las carabelas del Gran Almirante. Vas a sentirte aniquilada y enferma. Pero ahora no puedo; no puedo porque ese sonido está ahí para crearte la ilusión de que tu vida se reduce a un presente heroico y a un glorioso porvenir. Te persuade de que también tú eres el protagonista del melodrama, y, ¿a quién no le gusta ser el protagonista de un melodrama, mi amor? ¿Y quién va a poder singar con esa extraña idea metida dentro de su cabeza, corazón?

Por lo menos tres Mig veintipico retozaban aguerridamente, caracoleaban agresivamente, volvían grupas cojonudamente, coño, que nadie se vaya a creer que aquí hay pendejos, hijos de perra, mientras Carlos se entretenía, podría decirse más exactamente que se aburría, con la bellísima y sexualísima, explosiva, rotunda, suave y bien vestida y mejor desvestida gracias a sus cremas y cosméticos pagados en dólares que a su vez eran pagados en especie, es decir, con la raja, Anita Easy Shopping que, shopping al fin y al cabo, se conseguía las novelas de Frederick Forsyth y sabía lo que era un blackbird y le decía que la picha era un poderoso blackbird yuma, mi vida, yuma, fuselaje negro de titanio negro, aunque él

fuera blanco de ojos azules. ¿Qué importaba eso? ¿No se podía ser blanco de ojos azules y tener la picha prieta? ¿Por qué no? ¿Quién lo decía? ¿Lo decía, acaso, el realismo socialista? Y no me pidas que me calle y que no empiece a teorizar; si me gusta estar contigo es porque tú dejas hablar, y dejas hacerlo en español y no en how money, no en quanto le devo, no en arriba los pobres del mundo, no en himnos y doctrinas. Que se acordara de lo caro que él le salía, que la dejara hablar entonces, porque ella estaba con él nada más que porque le gustaba y por hablar, porque mientras estoy aquí, contigo, me estoy dejando de ganar Dios sabe cuántas cosas. Ahora mismo estaba trabajando en un italiano viejón a ver si le sacaba un aparato de video porque era una entusiasta de ver películas de acción desde la cama, y en vez de estar con el italiano diciéndole desidero una camera ad un letto con bagno, viejito spaguetti mío, en un hotel de lujo, tomando martinis con aceitunas metida en una piscina o en una ducha con agua caliente o en una cama grande, cómoda y limpia, o realizando cualquier otro imposible, estaba aquí con él, en este cuarto caluroso suyo al que ella había cogido afecto, chupando tan campante el pirulí, a cambio únicamente de que él la escuchara, de que la dejara hablar del realismo socialista o de cualquier otra cosa; sabía que hablar del realismo socialista con el pájaro negro metido en la boca no era, digamos, la forma más ortodoxa de abordar el tema, pero quería hacer las dos cosas y él debía comportarse como un caballero y dejarla hacer sus caprichos, niñito lindo mío. Rico, mi amor, muy rico. Que se vaya al carajo el signore quando lei desidero con su aparato de video y su pobre pajarito viejo y triste, alicaído, moribundo, diría yo. Que se vaya al carajo con su idioma melodioso y sinfónico y me deje ser persona a tu lado, vida mía. Juntos, tú y yo, quizás podamos no morir ahogados en La Gran Laguna de la Mierda. Tú podrías volver a trabajar y yo podría renunciar a esta vida inodora, incolora e insípida, y ser tu mujer

y cocinar para ti, lavar tus calzoncillos y parirte niños malcriados; podría, incluso, hacer borrón y cuenta nueva con todo esto y terminar mi carrera; nada más que me faltaban dos años para terminar cuando me pregunté de qué me serviría ser profesional, qué vida iba a ser la mía después que me graduara y me ubicaran de profesora de inglés en una secundaria en el campo o en Dios sabe dónde, haciendo Dios sabe qué y viviendo Dios sabe cómo. Al no poder hacer mis propios proyectos, me invadió el desaliento, amor, y decidí que de esa manera nada tenía sentido. Me sentía realizando el papel secundón de una vida que, aunque era mía, alguien estaba viviendo por mí. Alguien pensaba por mí, decidía por mí, hablaba, discutía, elegía, comía, dormía y hasta cagaba por mí. Mi vida era como un yogur: un alimento ácido y predigerido. Tú sí terminaste, pero después decidiste no trabajar, después de aquella larga explicación que nos diste a Dora y a mí. Dije que no quería ser un mulo con jornadas de ocho horas diarias, establo si lo conseguía, poca y pésima avena, para que después me pagaran en tablitas del siglo pasado o en fichas de central. Querías dinero para vivir, dijiste, no papel sanitario para no morir. No, cariño, papá, se terminó, no quiero video, no quiero más sono tanto contento di vederla, no quiero más a la Voz Que Todo Se Lo Traga ni nada. Ni siquiera quiero a Dora, tan gorda y tan tortillera y sus explicaciones sobre *El socialismo y el hombre en Cuba*.

Con Dora había aprendido que los legítimos revolucionarios cubanos de aquella época, es decir, un revolucionario argentino, consideraban tanto estiércol como una cagada de aquellos rusos que no por gusto eran conocidos entre nosotros, de modo institucional, como los hermanos soviéticos, y de modo real, como los bolos, bolos de mierda que nada tienen que ver con nosotros, tan sabios, tan serenos y tan puros.

Pero el tiempo es el tiempo y el polvo, que también es el polvo, deja su sedimento en el tiempo, Anita querida, y tú, tan inteligente

y tan linda, tan aficionada a las cremas y a los cosméticos, debías entender mejor el sortilegio del maquillaje, el hechizo del tapujo, la eficaz magia del embozo, porque ahora nos vienen la tolerancia y la indulgencia como un producto autóctono, con marca estatal de calidad con círculo, bajo los divertidos auspicios del entusiasmo adolescente. Volveremos a ser niños alegres, desbordantes de fervor patriótico, de amor y canciones, de rechazo al poder y la fuerza. Libres y felices. Casi griegos de la edad de oro. Suma de todas las églogas. Vamos, festivos, satisfechos, alborotadores, de retorno a la humildad, a la plenitud y a la pureza de la época de gloria, a la era de las emociones legítimas, de los indomables y jaraneros tiempos en que parecían hippies aquellos buenos muchachos que, pocos años después, demasiado pocos, pero no tan pocos para que no se hubieran cortado las melenas, hubieran engordado y se aficionaran a las casas, los automóviles y hasta a las sepulturas de los hijos de puta que habían hecho rodar por la arena, les patearon el culo sin piedad a aquellos otros buenos muchachos que soñaban con ser hippies o lo que les saliera de los huevos ser; les patearon el culo, les cortaron a cuchilladas el pelo tímidamente largo tal vez porque no se habían ganado el derecho a dejarlo crecer en el campo de batalla, los corrieron por las calles, los cazaron en una cacería de grotesca rapacidad y los internaron en campamentos de desolación. Y si era así, y lo era sin duda, porque Dora sería homosexual, pero era lúcida y certera y no tenía la fea costumbre de hablar caca, ¿qué sentido tenía que aquel hombre hubiera escrito aquello?, ¿qué sentido tenían tantos años de manuales atorrantes?, ¿por qué no podría decir ella que su pito era negro a pesar de ser él un tipo blanco de ojos azules? Negro como un blackbird, como un avión equivocado y con rumbo incierto que ahora, a pesar de que la Voz iba a seguir hasta el final de los tiempos en el televisor y de que los aviones Mig seguían arando el cielo, entraba y salía de aquel aeropuerto, hangar, ciudad sitiada, destrozada por la

batalla y la violencia como si no fuera uno sino mil aviones con el fuselaje ya no negro titanio sino rojo cereza a causa de la fricción. Y el ritmo era cada vez más intenso, más loco, más desquiciante y desenfrenado, más no sabía cuántas cosas más, porque había empezado a llorar y el avión, la bala, la flecha, el cohete, el ay mi madre, qué rico, qué duro, Dios mío, cómo grito, me van a oír en toda la cuadra y los cabrones del dominó se van a reír de nosotros y es del carajo la jodedera que nos van a armar cuando salgamos, mi amor, parecía que no se iba a detener jamás.

Cosa más increíble. Había corrido el rumor, entre el ventarrón liviano y disipado de sus amigas, de que él era antipático y torpe, maniático, sangrón, déspota y arbitrario. Tenía que ser la madre de todas las calamidades en la cama. Ninguna le iba a creer, dando por descontado que ella jamás lo iba a contar, que era fabuloso y delirante. Era un telescopio que la había hecho ver la luna y las estrellas de todas las constelaciones. Eso contrariaba los textos. No podía ser fabuloso un hombre que casi no hablaba y que cuando lo hacía era de aquella manera inapetente, lejana y hasta algo desabrida; que dejaba hablar; que había sido anulado o se había anulado él voluntaria, libremente, en medio del anulamiento general. Se había negado a ser la foca tragapeces del Gran Circo Carlos.

Recordaba que una vez ella, por sonsacarlo, por alentarle la vanidad mientras fornicaba, cosa tan estimulante, lo había aprendido en esta extraña vida suya de sálvese quien puede y acuérdense de que no hay reenganche en este cabrón mundito de Nuestro Señor, de acuérdense de que hay que vivir y no aprender a vivir ni mucho menos buscar un apóstol que nos enseñe a vivir, de cáguense en las generaciones futuras y vivan su cuarto de hora, que para eso estamos aquí y para eso estarán las generaciones futuras, le había dicho, con palabras muy putas y muy enamoradas, con amor y devoción, con afecto, sinceridad, cariño y simpatía y clavada tan

profundamente que te siento en las amígdalas, niño mío, que no rumiara más, que se estaba poniendo viejito, pobrecito, antes de tiempo, que se dejara de homilías del desamparo que con eso lo único que ibas a conseguir era parecerte a ya tú sabes quién, y tú sabes quién cumplía su destino mientras que tú te convertías en un rumiante dócil, afligido y extraviado para siempre. Tenía que dejarse de categorías y exequias y que hiciera como ella, mírame a mí, mira cómo me divierto, ¿no lo ves, amor?, soy el oso Yogui, jo, jo, cómo me divierto, cómo puedo divertirme tanto, pobrecito amor mío, tan chulo y tan lindo, tan sabroso que me clavas, tan rico que entra tu pájaro negro en mi nido húmedo, suave y tibio, y tan serio y solemne que te me pones a veces, tan aburrido, tan ontológico, diría Dora. No seas rezongón y desentrampa toda esa mierda que tienes dentro de tu cabeza y que no te deja vivir como un ser normal. Extrañadísima estoy yo de que hagas el amor como un ser normal clase A, y él le había respondido que eso era muy aburrido, no decía hacer el amor como un ser normal clase A, sino desentrampar aquello, entonces ella le había dicho que lo hiciera de una forma entretenida, como un thriller, dijo, como una película de Chuck Norris o de Burt Reynolds, hasta de Sylvester Stallone pudiera ser, ¿no te gustaría parecerte a Rambo, cielito?, ¿no me enseñaste ese cuchillo que tienes, igual al de Rambo? Le dijo que él tenía pupila para eso. ¿Qué quién? Seguro que no había sido ningún canadiense, ningún alemán ni ningún inglés, claro que tampoco el signore Spaguetti Arrivederci, ni mucho menos el señor Alpargatas que, joder, la invitaba siempre a follar, vocablo más espantoso; tal vez había sido Dora, la gorda tortillera que le había enseñado a desconfiar del realismo socialista, ¿fue ella, mi vida?, pero no dejes de moverte para responder, que el orgasmo está aquí mismo ya. Dijo que sería una verdadera lástima que tú naufragaras. ¿Y por qué razón iba a naufragar? Por nada, por nada, porque la desorientación es grande y los problemas de la

construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria, había respondido Dora, ¿fue definitivamente ella, chulito mío?, ¿tú te quieres malograr, gatico?, ¿no quisieras exhibir tus basuritas de una forma entretenida?, y él le había preguntado, montado encima de ella, cabalgando y sudando como una bestia debido a que la vida profesional de la potra de nácar sin bridas y sin estribos daba para cremas y jabones, quizás diera para el equipo de video, pero todavía no había dado como para conseguir un aparato de aire acondicionado y regalárselo a él con mil amores para que humanizara aquel cuarto al que ella cariñosamente le decía mi estufa, que cómo se podría escribir de forma entretenida la historia de un gran aburrimiento, preciosa mía.

El Maestro de Ceremonias, el Royal Magistrate que decía Anita al oído de Dora, también había empezado a aburrirse y mister Shade, después de tanta crepitación y de haber exhibido con aire victorioso y hasta con algo de pastoral el arma homicida, bostezó largamente. Se hacía tangible para todos los presentes que el Gran Circo Carlos iba a continuar la función en un tono menos apasionado y provocativo. La exaltación también agota, incluso a los hombres más exaltados.

El cuchillo, ninguno de los presentes lo dudaba, era una joya de la artesanía local. Anita, sumergida en el mar de las etiquetas relumbrantes, decía que era el cuchillo de Rambo, la obra maestra de aquel amigo de Carlos que a ella le gustaba mirar porque decía que tenía el cuerpo perfecto, hand made. Y no era que quisiera acostarse con él, como quería suponer el investigador, sino que le gustaba mirarlo porque era irreprochable. Estaba segura, además, de que también al investigador le gustaba verlo sin camisa, pero ni a sí mismo se lo decía para que no fueran a calificarlo de maricón.

Era la primera vez en toda su vida que le daba gusto mirar un cuchillo. Carlos le había pedido a Torso Hecho a Mano que

le hiciera aquel cuchillo para cuando fuera a pescar truchas y Torso le había preguntado qué truchas, ¿no sabía que cada día eran más escasas las truchas? Él, de todas maneras le iba a hacer el cuchillo copia fiel del de Rambo, pero olvídate de las truchas, Carlos, y ve pensando en pescar tilapias, asquerosas y fangosas tilapias traídas decían unos que de Angola y otros que de México y todos que apestaban a fango y sabían a fango, y Carlos ya no iba a poderse tragar una tilapia más, que llevaba una semana comiendo únicamente tilapias pescadas por él mismo después de pedalear muchos kilómetros. Le habían dicho que las tilapias eran voraces y se habían comido a las truchas, a las biajacas y hasta la puta madre, pero de todas maneras iba a hacerle el cuchillo para pescar truchas.

Lo que nunca quedó del todo claro para Carlos fue si el cuchillo lo hizo ciertamente su amigo o si fue el diablo quien lo hizo. Hacía ya varias noches que se despertaba sobresaltado en la alta madrugada percibiendo un inconfundible olor a gases sulfurosos, señal inequívoca de que el demonio andaba rondando cerca. Barbas de chivo, tarros de buey, pezuñas de cerdo, cola de serpiente, aliento de hiena, escamas, por supuesto, de tilapias.

Los Mig veintipico seguían yendo y viniendo, música de fondo para la voz que en el televisor seguía dando interminables y agotadoras explicaciones relacionadas, según parecía, con genitales invencibles, gónadas de bronce, penes de acero, corazones galvanizados. Carlos estaba mareado y alterado. Noqueado. No iba a resistir más. Eructaba el sabor fangoso de las tilapias del almuerzo. Su propio avión acababa de ser alcanzado por las balas. ¿Dónde estaba el pequeño botón que hacía funcionar la catapulta? Lo encontró. Bromeó con sus amigos del dominó. Solamente le quedaba la broma en este mundo. Les dijo que se sentía confiado, tranquilo y feliz porque percibía que Skipper El Magnífico estaba optimista y que ese optimismo era su clavo caliente, su único

asidero cuando sentía que sus pies colgaban en el abismo; ese optimismo le daba a él fuerzas para seguir viviendo y para enfrentar la vida sin decaimientos de pendejo, para enfrentar, tranquilo y seguro, cualquier adversidad; en suma, para combatir y vencer las vicisitudes de un universo hostil.

Tampoco le quedó nunca claro si fue realmente él o si fue El Trapalero, El Príncipe de las Sombras, El Sucio quien puso esas palabras en sus labios, porque no por casualidad, no por falta de voluntad o por descuido, durante las madrugadas lo despertaba aquella tormenta de arena salobre y fétida que lo obligaba a levantarse en medio del desconcierto y hasta del terror y beberse completa la jarra de agua.

Anita Easy Shopping, a su lado, fragante como un jardín babilonio, linda como un amanecer en el mismo jardín, ataviada como una carroza de carnaval brasileño y buena hembra como una puta de mercado internacional que cobra sus faenas en moneda libremente convertible y no en tablititas ni en fichas de central, se rió, y los amigos del dominó se rieron también, era tremendo jodedor este Carlos, pero el amigo de sus amigos, el compañero Sábado Corto, no sonrió siquiera, sino que preguntó con qué había ligado Carlos la mariguana, o es que era comemierda o qué, y ya Carlos no tuvo ninguna duda de que El Tramposo estaba allí, de cuerpo presente, dueño y señor de las circunstancias, amo de los destinos. Implacable. Sin lugar al perdón. Tuvo miedo. Tragó en seco y trató de insistir, para distender, para reconciliar, en que el optimismo de Skipper era para él el bálsamo de Fierabrás. Pero tampoco, lo comprendió después delante de la shade without color y del Royal Magistrate, estas palabras habían sido suyas. También estas se las había dictado El Pestilente. Y ya estaba por completo a merced suya. Ya nada le quedaba por hacer. Estuvo seguro de que aunque se metiera de cabeza en una bañera llena de agua bendita, las cosas iban a ser como fueron. Iba a comenzar

lo que siempre había querido evitar: la espectacular función del Gran Circo Carlos.

Anita no acababa de entender por qué razón se había puesto de ese repugnante color amarillo verdoso el rostro del Short Saturday. Y cuando Carlos le dijo por mi madre te juro que estoy hablando en serio, no te vayas a pensar que estoy bayuseando, compadre, el rostro del hombre pequeño se hizo definitivamente de un color que tal vez pudiera definirse como verde Van Gogh. ¿Quién coño se había creído Carlos que era él? Él adoraba a aquel hombre que hablaba mientras los aviones de combate silbaban en el aire; siempre que lo escuchaba sabía que estaba dispuesto a morir por él, a desangrarse por ese hombre. Además, estaba prevenido; estaba adiestrado para salirle al paso, era exactamente esa la expresión, a los enemigos socarrones. De modo que había llegado su turno de entrar en acción y le dijo a Carlos que estaban en la casa de él, eso era cierto, pero esa no era razón suficiente para permitirle a un vago cagón que utilizara burlas a costa de un tipo que era el uno, ¿lo oyes bien, comemierda? ¡El uno! Óyelo bien para que no te hagas el chistoso, el uno en este país y en el mundo. Y no te voy a tolerar que le pongas el nombre de un canguro actor de la televisión. No voy a soportar payaserías a costa de él.

¿A costa de quién, compañero, del uno o del canguro? Ya cuando dijo esto era evidente que su propio aliento disparaba cristales de pirita con reflejos dorados y despedía el clásico olor de los fondos del Sumidero. De no haber estado presente El Mañoso se hubiera callado la boca, hubiera seguido esperando, perdido y manso, el día del infarto liberador, que era lo que había venido haciendo durante tantos años, pero esta vez el Gran Señor Nebuloso no se lo permitió.

A costa de tu puta madre, pudiera ser, dijo el compañero Sábado Corto y Anita Easy Shopping y los amigos del dominó dejaron de reírse y Anita dijo está bueno ya, dejen esa mierda, que esto va a

terminar mal si ustedes siguen por ahí. Pero tenía que terminar mal porque ya el pequeño estaba enojado, muy encabronado y colérico estaba y dijo que no se trataba de ninguna mierda, pila de gusanos, que ese hombre que estaba hablando era el hombre del siglo, era un pingú, que lo supiera bien Carlos y que lo supiera bien Anita también, y que supiera bien el mundo entero, un pingú, ¿lo oyen bien todos ustedes? Un pingú. Nunca se olviden de eso.

Un rayo de sol tardío, ya eran más de las seis de la tarde, un errante reflejo crepuscular, rebotó en la hoja del cuchillo hecho a mano por Torso Hecho a Mano. Era el cuchillo que había usado Rambo para pescar tilapias porque truchas, ya lo sabían todos, apenas quedaban. Traía la obra maestra de la artesanía local para enseñársela a sus amigos. ¿Quién lo indujo a hacer eso? ¿Quién le seguía dictando extrañas palabras al oído cuando le dijo a Sábado Corto que la suya era una manera de ver las cosas, un punto de vista? Le dijo que él respetaba los puntos de vista de todo el mundo; respetaba hasta el punto de vista de Puccini cuando había hecho cambios a Madame Butterfly; él era un exagerado en eso, porque respetaba hasta el punto de vista de los animales y podía asegurarle, compañero, que jamás le había ido a la contraria a un caballo o a un perro, ni siquiera a un gato, a pesar de que no simpatizaba con los gatos a causa de la fea costumbre que tienen esos animales de ser ladrones; pero el suyo, compañero, era un punto de vista que él no compartía debido a que pensaba que un hombre con la pinga muy grande o muy gorda no tenía que ser, necesariamente, un Recapitulador del Cosmos, eso en primer lugar; y en segundo, a que él no padecía de complejo de castración alguno y no se dedicaba a medirle y mucho menos a elogiarle el tolete a ningún hombre. No tengo ese extraño hábito, compañero, y las únicas pocas veces en que se me ocurrió averiguar cuántas pulgadas tenía una tranca, fue en mi adolescencia y con la mía. Y sepa que quedé satisfecho.

El aire se hizo a partir de ese momento de un espesor perentorio y cargado de los peores augurios. Pronosticaba el premio a tantos años de insensatez, al segundo específico y ya inevitable de la magna necesidad. El naufragio que había luchado por evitar a lo largo de toda la vida era ya inevitable en medio de la depresión y el desconsuelo. La incertidumbre pesaba tanto que después alguno de los testigos le explicó al murciélago que creyó que estaban en medio de una lluvia de granizos negros, y recordó que Carlos, con voz más bien baja, había dicho me doblo en el nueve y no juego más a esta porquería, y que la víctima había gritado tu doble nueve soy yo, maricón.

El rayo perdido del sol poniente, ahora un poco más bajo y menos resplandeciente, se perdió en el cuerpo opaco de la pistola Makarov que el compañero Sábado Corto sacó con gesto profesional y rapidez vertiginosa de nadie sabe dónde. Creyeron que se trataba de un número de prestidigitación debido a la velocidad y al absurdo, y debido también a que alguien había hecho el superfluo comentario de que aquellas pistolas solamente servían para disparar un tiro al aire al tiempo que un cuadrado oficial moscovita daba el consabido grito de ¡hurra!, o para que el mismo cuadrado oficial, de salirle mal las cosas, se pegara un tiro en la cabeza. Pero cuando escucharon al pequeño Sábado Corto dar aquellos destemplados gritos de yo te mato, gusano hijo de la gran puta, yo te mato, pedazo de maricón, para que aprendas a respetar a los hombres, comprendieron que no se trataba de un ilusionista que mostraba sus habilidades, sino de un hombre dispuesto a algo tan increíble y peregrino como lavar con sangre la mancha de una ofensa recibida, de algo que resultaba tan sorprendente a estas alturas como un maldito error genético, a pesar de que nadie lo había ofendido a él y de que la sangre eugenésica había de ser la suya.

Míster Shade, esforzándose por no volver a bostezar y moviendo sus trapajos negros de tiñosa de un lado a otro, quería que repitie-

ran detalladamente la historia. Minuciosamente. En cámara lenta. Quería desentrañar el sentido, los movimientos, las acciones de cada fracción de segundo. Quería diseccionar el tiempo en partículas cargadas de luz, de información. No había comprendido bien el cuento. ¿Quién iba a tragarse aquello de que el cuchillo de Rambo estaba allí por pura casualidad? Esas casualidades no existen, señores míos. ¿Acaso le habían visto cara de verraco? En su niñez remota, su abuelita lo dormía con canciones incomprensibles llenas de duendes y fantasías, pero aquella historia de la puñalada en defensa propia no servía ni para dormir niños retrasados porque había sido una puñalada precisa y diestra, podría decirse que científica, como dada por un titular en el oficio. Y si el Maestro de Ceremonias o alguno de los presentes no compartía esta opinión, que leyera el informe forense y se enterara de que el corazón de la víctima había sido partido en dos mitades como si se tratara del corazón de un cochino de fin de año. ¿No había matado el Maestro de Ceremonias, no había matado alguno de los presentes un cochino en su casa el 31 de diciembre? ¿No?

He aquí el arma homicida. Anita Easy Shopping se había desmayado al ver tanta sangre. Era por causa del olor. Valses. Reflectores. Fieras. La distinguida mujer. Payasos. Trovadores. El murciélago pedía, exigía un castigo ejemplar para aquel asesino de los mejores hijos del pueblo, para aquel refractario velado que se negaba, tanta era su presunción, a argumentar nada a favor suyo, y lo único que hacía era tararear alguna canción que nadie conocía, aunque ya nuestros competentes especialistas han descubierto que se trata del aria «Un bel di vedremo» de la ópera *Madame Butterfly*, del músico italiano Giacomo Puccini, fallecido hace ya muchos decenios, por suerte para todos nosotros. Al exigírsele al acusado que se explicara mejor, se limitó a responder que se trataba de una ópera escrita por el susodicho Puccini y estrenada el 17 de febrero de 1904, en el teatro de la Scala de Milán, en medio

de un resonante fracaso. Que más adelante había sido revisada cuidadosamente por el autor y reestrenada en Brescia el 28 de mayo del mismo año 1904, cuando se convirtió en un gran éxito y fue aclamada con gran entusiasmo por el público. Se le pidió que dijera más, que aquello nada tenía que ver con el aborrecible crimen que había cometido, que toda esa extravagante historia de óperas, fechas de estreno, fechas de reestreno, éxitos y fracasos, no arrojaba luz alguna sobre unos sucesos tan lamentables, y dijo simplemente, sin mostrar arrepentimiento aunque tampoco complacencia, que se trataba de su ópera preferida y que aquella aria de un bel di vedremo levarsi un fil di fumo sull'estremo confín del mar, le parecía a él la mejor, que era la que más le gustaba, la que más disfrutaba.